

**Conflicto, Desarrollo Rural y Educación:
el papel de la investigación.
(Versión preliminar)**

Seminario Internacional "Enfoques y perspectivas de la Enseñanza del Desarrollo Rural". Maestría en Desarrollo Rural 25 años. Universidad Javeriana.

Fabio Alberto Lozano Velásquez

Los veinticinco años son un buen momento. Las mujeres a los "ticinco" están en su esplendor. Y nuestra maestría, como diría cualquier piropo callejero, está muy buena. Es el momento de reconocerlo y de agradecer el esfuerzo de todos los que hemos participado: personal administrativo, docentes, estudiantes. Son también los veinticinco la edad del comienzo de la madurez, es decir del momento en que en nuestra occidentalizada cultura se asumen responsabilidades con una visión cada vez más autocrítica y menos vanidosa. Es un momento en que se asumen con mayor decisión y autonomía los retos de la vida. Quiero tomar esta ponencia fundamentalmente como una reflexión sobre algunos de los retos que se nos presentan en este campo de interacción para el llamado desarrollo rural. Y pretendo reflexionar sobre esos retos a partir de mis experiencias de pesquisa y docencia en el Grupo de investigación "Conflicto, Regiones y Sociedades Rurales" y en el curso- seminario de investigación de la Maestría en Desarrollo Rural de la Universidad Javeriana, así como del acompañamiento a los procesos de investigación de los candidatos a Magíster en Desarrollo Rural y la participación en procesos de reconstrucción vital de poblaciones rurales afectadas por la violencia: Se trata pues de una reflexión sobre los retos y las implicaciones éticas, políticas y académicas de la docencia y la investigación en las actuales condiciones de conflicto social, político y militar en Colombia. Pretendo pues con esta ponencia insistir en la necesidad de reconocer y aceptar el conflicto como dinámica social y como categoría interpretativa desnudando posibles mascararas que lo desconocen, lo evitan o lo minimizan. En esa línea plantearé algunas implicaciones teóricas y prácticas y propondré posibles vías de acción.

Cuando hablo de reto estoy pensando en lo que se nos plantea como aquello que es necesario hacer, bien porque ya se está haciendo y es necesario mantenerlo o porque no se están dando las búsquedas y atenciones adecuadas y es necesario entonces plantear iniciativas. Por eso no pretendo hacer una evaluación sino mirar hacia adelante preguntándome sobre la significación del Conflicto en la investigación, la docencia y la extensión del Desarrollo Rural en nuestra actual coyuntura.

REVELAR EL CONFLICTO.

El primer reto general es revelar el conflicto. Al conflicto no debemos huirle ni temerle. Es necesario que le demos la cara, que lo enfrentemos porque sólo así podremos pasar en él, de la crisis a la oportunidad.

Revelar el conflicto es en primera instancia afirmar que existe. Afirmarlo sin vergüenza y sin pudor. Sin puritanismos vergonzantes. ¡No, el conflicto está! Como está nuestra piel, o el aire. Como está el hambre y la sed, o la risa y el viento, sin que nadie se esconda para hablar de ellos. Tenemos que afirmar que existe, porque a pesar de que nuestros territorios se han nuevamente repoblado por el vandálico acto de grupos armados legales e ilegales, haciendo que se hayan dado según la cifras más confiables más de tres millones de casos de desplazamiento forzado siendo Colombia según los datos de la ACNUR el segundo país en el planeta con tal cantidad de desplazados, altos directivos oficiales dicen que esas cifras están infladas. Y, lo que es peor, las políticas de desarrollo y en concreto las de desarrollo rural ignoran estos procesos de repoblamiento y el desarraigo es tratado como un hecho marginal al que es necesario prestarle atención, sobre todo por la presión de ONGs y agencias de cooperación internacional, con los mismos mecanismos que se presta atención a afectados por un terremoto o una inundación.

Es necesario afirmar que el conflicto existe porque a pesar de que en Colombia tenemos más de tres ejércitos en enfrentamientos permanentes, porque a pesar de que se bombardean poblaciones y se siembran miles de minas antipersonal, porque a pesar de que se allanan viviendas y se crean trincheras en terrenos de poblaciones civiles que luego por supuesto serán atacadas, porque a pesar de que carreteras son bloqueadas haciendo que unos vean podrir en los camiones los cultivos y otros no puedan recibir la mercancía esperada; porque a pesar de que mueren en combate miles de hombres y mujeres al año, nuestro presidente dice que no tenemos un conflicto armado y orienta las políticas gubernamentales en ese sentido.

Pero muy especialmente tenemos que afirmar que el conflicto existe porque en nuestro medio académico nos encontramos ante el reto de enfrentar con alta calidad investigativa y docente algunas tendencias que pretenden ignorarlo y que ven como un acto morboso e impuro hablar de masacres o llevar estadísticas de muertos, de desarraigados, de líderes perseguidos, de territorios en disputa. Porque aún en algunos de nuestros currículos tienen mayor importancia las transferencias de tecnología que los conflictos sociopolíticos. Porque los interesados en estos temas somos vistos como los “rojos” o los “conflictivos”. Porque la MDR ha sobrevivido a pesar del deseo de algunos de convertirla en una maestría en economía agraria.

Hay que hablar de conflicto en memoria de los cientos de investigadores, docentes y estudiantes universitarios cuya búsqueda de la verdad y cuya honestidad académica y social les han costado la vida, el refugio, su estabilidad laboral o su tranquilidad familiar.

Revelar el conflicto significa en segunda instancia diferenciarlo de la violencia que es precisamente su negación por medio de la eliminación del adversario o aún peor que es lo que sucede con mayor frecuencia, de la eliminación de muchos aún los no adversarios, en una locura paranoica dentro de un clima de sospecha

generalizada. Y en esa diferencia con la violencia es necesario insistir en que el sometimiento, el silenciamiento, la imposición del autoritarismo o el totalitarismo no significan la superación o el buen manejo del conflicto sino su postergación y su reproducción negativa bajo otras formas.

Pero también es necesario, en tercera instancia revelar el conflicto evitando visiones reduccionistas del mismo que se imponen en nuestros imaginarios como la causa generadora de nuestros males. Me refiero específicamente a la reducción del conflicto al conflicto armado. Esta reducción contribuye a esconder los verdaderos intereses de quienes suscitan y sostienen la guerra.

En síntesis tenemos el enorme reto de re-revelar el conflicto. No solo para describirlo y explicarlo sino, sobre todo, para reconocerlo y legitimarlo.

ASUMIR EL CONFLICTO

Además de revelar el conflicto es necesario asumirlo. Es decir convivir con él haciéndolo parte de nuestras cotidianidades teóricas, relacionales y prácticas. Ahora, ¿qué implicaciones tiene este convivir con el conflicto en los espacios de nuestras búsquedas investigativas y comunicativas?

Implica la selección de categorías de interpretación que no oculten la realidad tras una máscara de lecturas funcionalistas en las cuales tras el semblante de la neutralidad y la objetividad se esconden, como ya lo mostrara la llamada teoría crítica¹, intereses² y mecanismos de instrumentalización de la ciencia.

Esto significa asumir el reto de la dialéctica teórica que ponga en evidencia y busque posibles puentes o defina claramente oposiciones irreconciliables entre categorías de interpretación de nuestros mundos rurales. Me permito simplemente

¹ Horkheimer, M. 1974. Teoría Crítica. Amorrutu. Buenos Aires.

² Habermas, J. 1982. Conocimiento e Interés. Taurus. Madrid.

enumerar, a manera de ejemplo, algunas de las reflexiones categoriales que es necesario seguir planteando cada vez con mayor profundidad y radicalidad.

- a) entre la explicación del multifuncionalismo y la afirmación de las diferencias;
- b) entre la comprensión sistémica de la realidad y la apertura a la trascendencia de los sujetos;
- c) entre las teorías y planes de desarrollo y las resistencias para des-arrollos;
- d) entre afirmación de la urbanidad y el neo reconocimiento de la ruralidad;
- e) entre fortalecimiento del Estado y el redescubrimiento de la sociedad civil;
- f) entre defensa de la institucionalidad y de-construcción de la realidad social;
- g) entre modernidad y posmodernidad.

No estoy, por supuesto, proponiendo desde aquí caer en dualismos y maniqueísmos sino buscar en los juegos dialécticos formas de hibridación y enriquecimiento que nos permitan mejores comprensiones de nuestras realidades rurales.

Por otra parte, asumir el conflicto como categoría interpretativa es más allá de los fundamentales debates teóricos responder a lo que algún fenomenólogo francés denominara la llamada del otro³. Asumir el conflicto implica reconocer la necesidad de descubrir los rostros de los otros, no sólo como productores, consumidores, comerciantes u otros roles económicos sino como personas con sentimientos y lecturas propias, con interpretaciones personales y colectivas, con derechos en ocasiones reconocidos y otros negados, con intereses que se encuentran con y contra otros intereses, con identidades en constante movimiento recreativo. Asumir el conflicto como categoría interpretativa es asumir la ruralidad no solo como el escenario de acontecimientos multicausales sino como el juego complejo de relaciones intersubjetivas. Es reconocer en los procesos históricos los odios y los amores, las pasiones y las renunciaciones, las confusiones y los dogmatismos, los imaginarios y las representaciones, las memorias y los olvidos.

³ Levinas, E. 1971. Totalité et Infini. Essai sur L'Exteriorité. Nijhoff. La Haya.

Al aceptar a las y los sujetos como actores en una visión conflictiva de la realidad se reconoce que el conocimiento se produce más como pugna⁴ de las interpretaciones (hermenéutica) que como demostración de teorías explicatorias generales. La caída de los meta discursos, los límites de la modernidad. El reconocimiento del caos, del principio de incertidumbre.

Asumir el conflicto nos sigue planteando el reto de abordar lo rural desde ciertas líneas temáticas que debemos reforzar y reproducir. Entre ellas vale mencionar: el desarraigo, el dominio de territorios, la dinámica de los cultivos de uso ilícito, la disputa entre capitales culturales, las dinámicas étnicas y culturales; los movimientos antihegemónicos; la cooperación e intervención internacional;

La negación del conflicto tiene tras de sí una de las intencionalidades con mayor carga de violencia que podamos plantear. Negar el conflicto es imponer el autoritarismo, las visiones únicas, es abrir el espacio a la imposición de universales y uniformidades que se exhiben como portadoras de la verdad y del bien con diferentes nombres entre los que en nuestro medio cabe destacar la verdad de la técnica, de la informática, del mercado, de la tecnocracia, del progreso, de la modernidad, de las supuestas neutralidades científicas, de la verdad del método, ...

Podrían sonar algunas de estas palabras como quijotescas luchas contra molinos de viento y sin embargo allí están, en nuestras cotidianidades, imponiéndose visiones que en el nombre de cierto institucionalismo legal y/o teórico desconocen las instituciones tradicionales existentes. Se imponen entonces el virus de la "proyectitis". Ese desfile de agentes de desarrollo que diseñan y evalúan proyectos de desarrollo tras de los cuales se mueve obligatoriamente la financiación internacional y nacional privada o pública.

⁴ Lyotard, F.

En la práctica pedagógica de América Latina estamos mucho mejor que la mayoría de los escenarios pedagógicos del primer mundo en cuanto a las relaciones entre los diferentes actores de la construcción y comunicación del saber. Sin embargo, desde el reconocimiento del conflicto es necesario romper en las relaciones pedagógicas las estructuras de dominación y sometimiento. El *magister dixit* está aún demasiado presente en nuestras cotidianidades, sembrado fuertemente a pesar de nuestros discursos sobre la construcción colectiva del saber. Aún estamos muy lejos de una pedagogía de la escucha y muy metidos en la pedagogía de la palabra. La dialéctica de la pregunta que en la escuela socrática suscitaba respuestas y por supuesto respuestas que merecen ser escuchadas, no como quien tiene el as de la verdad bajo la manga, sino, como en la propuesta freiriana, en el papel de quien acompaña en un esfuerzo sincero de búsqueda, de descubrimiento, de imaginación e invención.

En el plano de las implicaciones éticas, resalta la necesidad de revelar el conflicto de intereses que se esconden tras la investigación y especialmente tras los supuestos de neutralidades y objetividades en el conocimiento. Y que lleva a plantearnos la pregunta sobre el papel de los comités de ética e investigación. Estamos ante el difícil reto de estudiar la responsabilidad ética de la investigación en medio de las deformaciones del conflicto que vivimos en muchos de nuestros países. Conflicto de intereses que tienen que ver con el origen de los recursos para la investigación; con la forma de protección de la vida de nuestros interlocutores y de nosotros mismos como investigadores; con las responsabilidades no sólo jurídicas sino sobre todo éticas que le caben a las instituciones y centros de investigación y que no se deberían escabullir con un documento de “consentimiento informado” que protege más a la institución que a las personas en las regiones; con el desinterés científico frente a los dinamismos políticos; con las finalidades y los usos de nuestro conocimiento

Que nos lleva a plantearnos la necesidad de reconocer que la investigación no se realiza sólo de una manera y bajo unos determinados esquemas. El reto de ser capaz de cuestionar la metodología.

Estos momentos de globalización subparadigmática que nos han vendido como irreversible y que lleva al despliegue de ejércitos legales e ilegales que obligan mediante el terror a los pobladores campesinos, negros e indígenas a abandonar su territorio o a obedecer a los nuevos amos en el nombre de la extensión de la ganadería, de la siembra de monocultivos como la palma africana, de la explotación de los recursos hídricos y energéticos, de la explotación de la madera, ... deben ser suficientemente evidenciados. Pero igualmente es necesario dejar claro que los únicos agresores no son los ejércitos armados. Los intereses de dominación y sometimientos cuentan con un amplio bagaje que se juega en la teoría de la academia, en la ideología de los medios de comunicación, en la creación de imaginarios colectivos, en la transformación de hábitos y culturas.